

Dos libros sobre la Evolución de la IV República Francesa (1)

I

El hecho curioso respecto a las reacciones de la opinión pública mundial, en relación con la política francesa, es que, siendo, con extraña regularidad, motivo de desesperación para el Occidente y reiterado objeto de sus iras, obtiene siempre un nuevo margen de confianza y una atención que bien pudiera calificarse de irritada benevolencia.

El residuo de prestigio francés en el Occidente, después de una cadena de errores iniciados inmediatamente después del término de la guerra mundial con su política en Indochina, y mantenidos a lo largo de una política colonial míope e inmoral, sería inexplicable si la situación internacional e interior francesa no encerrase, como un muestrario de los dilemas que tiene planteados, todo el mundo democrático.

Que inmediatamente después de una de las descargas de impopularidad, como las desencadenadas en 1954, en el momento del hundimiento de la CED, las que siguieron al bombardeo de Sakiet-Ben-Yussef, a la aventura de Suez, o en menor medida al bombardeo de Phraigong o a la represión de Madagascar, baste a Francia un cambio de gobierno o una situación confusa como la actual para recobrar, si no el crédito sí un último fondo de esperanza, tanto en sus aliados atlánticos como en algunos de los que padecieron sus errores —el caso Bourguiba y la expectación despertada en Africa Negra por la Ley Defferre, son ejemplos ilustrado-

(1) Esta nota ha sido redactada durante los meses de agosto y septiembre de 1958. Es decir, con anterioridad a la celebración del referéndum. En esas fechas ya no cabía duda alguna

de que la IV República no habría de resurgir en ningún caso. Se intenta, a través del examen de dos libros, de captar alguno de los factores que ocasionaron la crisis francesa.

res— ya nos indica que en el actual planteamiento mundial Francia representa una pieza que ningún observador consciente puede permitirse ver deteriorarse sin aprehensión. El último patrimonio, del que la política francesa de los últimos trece años ha hecho uso tan dispendioso, de prestigio, tiene su origen, sin duda en buena parte, en su gran tradición progresista y liberal, en su condición de formuladora de unos valores —los de la Revolución de 1879— que han constituido el punto de referencia de la vida política occidental hasta el tiempo presente. Los mismos ataques de sus pueblos sometidos comprenden una valoración de lo que ha representado, si no la realidad, el nombre Francia. “Seigneur, pardonne a la France qui dit bien la voie droite et chemine par des sentiers obliques”, clamaba la voz angustiada de Leopoldo Senghor, gran poeta de color y líder de la Convention Africaine. Aun por algún tiempo, quizás, las voces negras y árabes mezclan tan entrañablemente el odio y el amor en esa relación de amante desdeñado, que se nos antoja una de las más patéticas de las que integran el clima en que se desarrolla el momento crucial francés.

La situación de Francia dentro de la alianza occidental, su política colonial, y las realidades más inmediatas de su vida diaria desde la postguerra, se han presentado ante los analistas de la situación mundial como algo paradójico y cargado de dramatismo y a la vez absolutamente anodino y doméstico. Francia, único país que se halla en guerra sin interrupción desde 1939 y a la vez aquel en que se respira un mayor deseo de la felicidad privada, absolutamente independiente de la suerte de la comunidad (2). En realidad Francia ha venido viviendo en dos planos diferenciados; mejor dicho, ha tratado con tenacidad paranoica de producirse en dos compartimentos absolutamente separados (incluso en el terreno de las ideas políticas: una ideología para la metrópoli de acuerdo con su tradición liberal y una política colonial retrógrada) y los acontecimientos de Argel y la explosión del larvado talante irracionalista y fascista en el Forum argelino, y su contagio —relativo— a la metrópoli no es sino la crisis que se produce en toda unidad psicológica, individual o social, tras largo proceso de coexistencia de dos personalidades opuestas y excluyentes. Ocurre que, analizando el proceso de la IV República, se topa uno de cara con algo que excluye la posibilidad de condena al franquismo un tiempo representara Francia, que hace, al menos, incómoda la cés, por su fracaso en haber encauzado los ideales liberales y progresistas

(2) Las respuestas al cuestionario presentado por el semanario *L'Express* a los jóvenes comprendidos entre diecisiete y treinta años coincidía en una valoración de lo doméstico, de la felicidad limitada. Nótese la repetición en el diálogo de los jóvenes franceses del “quelque chose” o “assez heureux”, que en escritor que se quiere representativo de la generación, cual es Françoise Sagan, han alcanzado la calidad de elemento estilístico. Nunca ha sido tan exten-

dido en Francia el gusto por la felicidad segura y limitada, nunca se ha manifestado una generación con talante menos romántico o revolucionario, ni tampoco ha alcanzado la trivialidad un más detallado examen literario. Las respuestas al cuestionario de *L'Express* han sido recogidas y analizadas en un libro interesante para el conocimiento de la situación francesa, “La nouvelle vague”, de FRANÇOISE GIROUD, Gallimard, 1958.

condena o la atribución de los fracasos a una específica incapacidad francesa para el buen gobierno. Acontece, en verdad, que a través del caso francés nos enfrentamos con los dilemas que heredó todo el Occidente al fin de la última guerra y al comienzo de la guerra fría.

Nada menos sano para un pueblo que ese hábito de que el francés medio ha hecho gala recientemente de atribuir sus propios fracasos a la intención de determinadas grandes potencias —la pretendida exclusión de Norteáfrica, debida a malignas ambiciones norteamericanas, cuando no a los manejos de las grandes compañías petroleras, etc., etc.—, pero es imposible evitar el considerar que la política francesa metropolitana estuvo y está condicionada hasta un grado muy grande por causas de naturaleza internacional.

La misma inestabilidad gubernamental francesa, durante la IV República —causa más extendida de la irritación en los países anglosajones—, ¿no será, en primer lugar, más aparente que real y luego debida a una situación más general y seria que el gusto deportivo de derrocar gobiernos de los parlamentarios? Veremos más adelante hasta qué punto y en qué sentido es esto así.

El hecho es que, preocupándose por la actual crisis francesa todo occidental, no tiene la sensación de ocuparse de algo que le sea ajeno. Varias razones pueden existir para justificar esta sensación, entre ellas: A) que la política colonial francesa y la evolución de sus territorios dependientes en Africa, sea el factor decisivo que cierre o permita la transformación del sistema colonial en otro que otorgue satisfacción a las aspiraciones de los pueblos no desarrollados, compatible con la utilización de los capitales y técnicas europeas en ellos (3); B) que el sistema político francés —el verdadero reparto político de fuerzas y aun sus exigencias sobre el sistema institucional— no sea una libre creación francesa, sino que haya sido determinado por la manera de resolverse la última guerra mundial, tanto por la imposibilidad de establecer una convivencia entre los dos sistemas que tratan de repartirse el mundo, como por el fracaso hasta ahora del anticomunismo; C) que la situación francesa sea, en buena parte, una proyección de la especial situación estratégica de Francia, y por último, D) que la evolución económica y social de Francia sea esencial para el resto de Europa, para los Estados Unidos y por lo tanto menos libre de determinarse.

El momento elegido para intentar una visión de la IV República es, sin duda alguna, peligroso e inconveniente. Peligroso porque la IV República, si bien su defunción ha sido legalmente declarada con la transmi-

(3) Vide la conferencia pronunciada por HERBERT LUTHY, uno de los mejores comentaristas de asuntos franceses, en el Instituto Politécnico de Zurich, resumida por *L'Express* del 14 de noviembre de 1957 con el título de "C'est la France qui detient la clé". Luthy ha publicado un libro, "La France à l'heure de son

clocher", que constituye uno de los análisis más finos de la doble faz francesa: país de grandes innovaciones técnicas y científicas, gran centro intelectual y, al mismo tiempo, país anticuado, apegado a prácticas económicas amalthusianas, incapaz de adaptarse a las condiciones del siglo, con un sistema social cada día más retrasado.

sión de poderes al general De Gaulle, como situación económica y social y aun como complejo de fuerzas políticas, no ha desaparecido. De Gaulle no es, en cierto sentido, un fenómeno nuevo; en él se encarnan —a veces contradictoriamente— tres factores sin cuya comprensión sería imposible la de los últimos catorce años de la Historia gala:

a) El factor o “clima” de la Resistencia, como movimiento espiritual de la “Francia Nueva”.

b) El factor de la “grandeza francesa”, frustrado en su pretensión de un papel internacional de primer orden, incluso como cabeza de un tercer eje entre Washington y Moscú.

c) La subsistencia de las fuerzas conservadoras de la III República, que —y ésta no es la menor de las paradojas que envuelven a De Gaulle— excluida en 1944-45 de la vida política por su casi general fidelidad a Vichy y en algunos casos colaboración con el enemigo, alcanzaron su reconocimiento en la vida de la IV República a través del RPF, hacia 1951, para abandonarlo cuando la derecha republicana —inmovilista y muy dominada por los grupos de presión— se reconstituyó ya desde 1954.

Los dos primeros elementos tienen mayor asiento en el deseo de quienes los mantienen que en el planteamiento histórico, pero sin ellos difícil sería comprender los acontecimientos más importantes de la IV República. Así, el complejo de frustración internacional de Francia en Europa —fracaso de los planes de De Gaulle y Bidault sobre Alemania vencida— explica gran parte de los errores de Indochina y éstos la tardanza en comprender la nueva situación en Marruecos y Túnez, y en esta cadena en que se oxidan todas las posibilidades ultramarinas de Francia, la independencia de estos países, el “impasse argelino”.

Es esta subsistencia del “systeme” lo que rodea de confusión a esta figura nobilísima y le da este inevitable aire de equívoco (4).

El recurso a De Gaulle en el momento de la crisis del sistema de mayo, desde posturas tan opuestas como las de Mauriac, Malraux, Massu, Soustelle, los grupos fascistas de Argel y de la metrópoli, ciertos progresistas, la SFIO, Pujade, etc., ya nos indica que De Gaulle era —en aquel momento— una solución abstracta, de la que podían esperarse políticas opuestas; él mismo parece entenderse como un símbolo y este sentido tiene su formulación de la figura del árbitro por encima de los partidos, que tantas semejanzas tiene con la del poder monárquico, moderador en la teoría doctrinaria, si bien el contexto autorice las mayores dudas sobre la posibilidad de tal institución.

Ahora bien, el carácter abstracto y abierto de la “solución De Gaulle” se basaba en su apartamiento e incontaminación de lo que se ha denominado “el sistema”, es decir, el complejo de usos, principios constitucionales e imperativos de la estructura real de las fuerzas políticas, que

(4) Vide los juicios de *The Economist* en sus números del 31 de mayo y 14 de junio, “The General's hour” y “France's new regime”.

daban como resultado constante la inmovilización constante de la política francesa y ese tan común averroísmo de sus hombres políticos que convencidos de una solución ejecutaban otra.

Pero que el sistema no está superado por la mera debelación del régimen parlamentario se demuestra por la incertidumbre subsistente aún (en el momento de escribir estas líneas) sobre si será capaz de disciplinar a los Comités de Salud Pública de Argel.

Que figura tan noble y excepcional, a la que se atribuían antes del 13 de mayo serenos y liberales propósitos respecto a Argelia, en condiciones únicas de prestigio —y lo que es más importante, sin rival en la Unión Francesa—, se halle amenazado de los mismos peligros de ineficacia que los anteriores jefes de gobierno, demuestra que los errores y deficiencias francesas no pueden sin más atribuirse a una Constitución con excesivo predominio del Legislativo.

Para que Francia salga de su actual crisis, sobre cuya peligrosidad para toda Europa no es inútil insistir una y otra vez, sería necesario que se produjese a escala nacional un movimiento de corrección de las causas del sistema que las que la ligereza de los parlamentarios —y nunca ha sido mayor que en el momento de la cesión, más que caída, del gobierno Pfflimlin—, no es sino el exponente más llamativo y superficial, el saneamiento de la estructura que lleva padeciendo el país vecino desde casi el día siguiente a la Liberación y que encerrarán, de subsistir, a cualquier gobierno (parlamentario, presidencialista o dictatorial) en servidumbres ya tradicionales.

II

Hemos escogido como guías para acercarnos a la evolución de la IV República dos libros de dos autores anglosajones, que se complementan tanto por la diferente perspectiva y estructura como por su diferente tendencia política (5).

Entre la valiosa literatura que intenta aprehender el sentido de la Francia de postguerra (6) las obras de Schoenbrun y Wertz presentan un interés especial. Sus puntos de vista, repetimos, se confrontan y en parte se complementan. Schoenbrun, jefe de la sección parisina de la Columbia Broadcasting System, representa el punto de vista del periodismo americano especializado. Su visión es, pues, "atlántica"; su máxima preocupación la constituye hasta qué grado la inestabilidad estructural francesa pone en

(5) DAVID SCHOENBRUN, "As France goes", London, Victor Gollanz, 1957, 341 pgs.; ALEXANDER WERTZ, "France, 1940-1955", Robert Hale, 1957, 763 págs.

(6) Francia ha sido uno de los factores de la realidad internacional mejor estudiados en los últimos años. Entre las obras que intentan un análisis de la situación francesa de postguerra nos parecen dignas de ser citadas: "Politics in

Post War France", de P. WILLIAMS, London Longmans, 1954; FAUVET, "Partis Politiques France", 1951; LECOURT-GAYET, "La France au XXème siècle", Hachette, 1952; F. GO-GUEL, "Le régime politique français", Ed du Seuil, 1954; G. WRIGHT, "The reshaping of French Democracy" N. York, 1950, Reynald & Hitchcock.

peligro a la NATO e imposibilita un acercamiento a los países infradesarrollados y no comprometidos aún con ninguno de los dos grupos. Werth, corresponsal británico, especializado en asuntos franceses y por un tiempo Research Fellow de la Universidad de Manchester, se acerca por momentos a determinadas formulaciones del neutralismo continental (sus puntos de vista parecen coincidir muchas veces, por ejemplo, con los de Claude Bourdet). Representa el punto de vista de los intelectuales ingleses del grupo del *New Statesman*, cuando no de *Tribune*.

La distinta actitud de cada uno de los autores considerados, evidente a lo largo de las obras, toma valor de ejemplo en el distinto juicio que les merece la personalidad de Mendès-France, por una parte, y por otra Jean Monnet, su actitud ante el "europismo de derechas" de Schuman, la crisis de la CED y el rearme alemán, los efectos políticos del Plan Marshall y la actitud de la SFIO. Por ello es aún más obligado subrayar la identidad del diagnóstico de los dos autores de las causas del comunismo francés, del sistema de partidos que en Francia impera, de la paralización de la política social después del período inmediato a la guerra que presencié las nacionalizaciones y la implantación de un avanzado sistema de seguridad social, del carácter conservador en exceso y sometido a los grupos de presión de la economía francesa, del malthusianismo de su agricultura y su coincidencia en el análisis y condena de la política colonial del país vecino.

Hay que añadir que el libro de Werth termina en 1954 con una nota sobre Argelia y un postscriptum para 1955-1956 (insuficiente en todos los aspectos esenciales y más en lo que se refiere a la crisis marroquí), y el de Schoenbrun se extiende hasta 1956, con un mejor tratamiento de los problemas norteafricanos (7).

Trataremos a continuación de, a través de los dos autores reseñados, de fijarnos en los momentos esenciales de la IV República, intentando de descubrir en cada uno de ellos la aparición de las causas que se hayan operado en la situación presente de manera evidente o más subterráneamente, pero con una vigencia a veces superior. En muchos casos nos encontraremos con una apariencia de novedad y con una realidad que se arrastra desde la III República, porque la mayor imputación que puede hacerse al régimen que nace con los referéndums y Constitución de 1946, es que no ha tenido una vigencia más allá de los textos legales y que no ha podido partir de una vida nueva, por peligrosa y precaria que apareciese en el momento de su nacimiento.

(7) Werth publicó en 1957 un libro dedicado a estudiar la personalidad y actuación de Mendès-France, "The strange history of Pierre Mendès-France and the great conflict over French North Africa" al que nos referiremos a lo largo

de esta nota. En buena parte dicha obra cubre las deficiencias que encontramos en "France 1940-1955", respecto al tratamiento de los problemas norteafricanos.

III

NACIMIENTO Y ABORTO DE LA IV REPUBLICA

En el octavo aniversario de la Liberación de París, agosto de 1952, el semanario francés "Observateur", tuvo la idea de preguntar a un número escogido y representativo de diversas tendencias políticas de los líderes e intelectuales de la Resistencia, por las causas del fracaso de la misma como movimiento político de renovación de la vida francesa y de superación de la III República.

Roger Stéphane, que estuvo asociado con "Combat" durante la ocupación, afirmó que la Resistencia no había tenido gran significación política, pero sí un enorme valor negativo de "refus" o protesta. Claude Bourdet, conocido naturalista, no coincidiendo con Stéphane en la apreciación de las posibilidades de la Resistencia y de los ideales de la misma —resumidos en la Carta del Centro Nacional de la Resistencia—, hacía, sin embargo, datar de 1945, a su vuelta de Buchenwald, su descubrimiento de que el movimiento se había malogrado definitivamente. Otros, de todas las tendencias, coincidían en que más que un movimiento político la Resistencia había sido, políticamente, un "temperamento", una manera de sentir y entender a Francia y sus problemas.

En la época en que se hacía esta encuesta el Mauriac del "cahier Noir" había pasado, de una temporal y precaria fe en el MRP, a una crítica sistemática y amarga del sistema; incluso los líderes del MRP —partido que con el comunista apareció al fin de la ocupación como el partido de los resistentes—, estaban desilusionados en sus esperanzas de la "revolución por la ley", y De Gaulle, tras de la esplendorosa reaparición con el RPF, en 1947, estaba apartado del juego político, desautorizando la conexión de su persona con los parlamentarios gaullistas, actitud de la que no habría de salir hasta la primavera de 1958, en el momento del golpe de fuerza de Argel.

Por otra parte, las personalidades interrogadas coincidían en que al fin de la guerra el verdadero deseo de los partidos tradicionales era el retorno a la situación política y social de la III República.

Y sin embargo, en el día V E existía en Francia un sincero deseo de renovación y reforma social, muy extendido en la población del país, y también algunos factores absolutamente nuevos en Francia.

En la imposibilidad de estudiar con detalle la situación de la postguerra y su transformación hasta 1952 —época en que se encuentra superada—, limitémonos (siguiendo en lo esencial a los autores reseñados) a exponer lo que de nuevo y viejo hallábase entremezclado en 1945-46.

En lo que se refiere a la estructuración de las fuerzas políticas los hechos esenciales eran:

a) La aparición de grandes partidos políticos, organizados a escala nacional, de manera mucho más perfecta que en épocas anteriores, muy centralizados y disciplinados (la disciplina de voto ha sido la regla de

los socialistas y del MRP, para no hablar de los comunistas) y mucho menos dependientes de las personalidades locales ("notables") (8). Esta estructura de los partidos se reforzaría y a la vez sería la causa del sistema electoral.

b) La gran importancia del Partido Comunista, por otra parte "nacionalizado" ante los ojos del ciudadano francés por su historial en la Resistencia, exagerado por la propaganda del partido, pero sin duda muy importante y que prestaba al partido el slogan del "parti des fusilles", al que su inclusión en el sistema de gobierno de De Gaulle, a base de tripartitismo, daba carta de honorabilidad, hasta su exclusión, del gobierno por Ramadier en 1947. En las elecciones de octubre de 1945 los comunistas obtuvieron más de cinco millones de votos, o sea, aproximadamente el 26 por 100 de los sufragios, correspondiéndoles 158 puestos en la Asamblea.

Las cifras para los otros partidos fueron: la SFIO, 4'6 millones (en alianza con laUDSR), 24 por 100 de los votos, 142 puestos; MRP, 4'5 millones, 23'6 por 100. 152 puestos; mientras que la derecha lograba solamente 2,9 millones de votos, 15 por 100 y 67 puestos, y los radicales, 1'12 millones, 5'9 por 109 y 25 puestos.

El Partido Comunista se ha mantenido durante la IV República con un voto que puede fijarse de una quinta a cuarta parte de los sufragios, si bien el número de afiliados ha disminuído.

c) La aparición, por primera vez en la historia de la Francia Republicana, de un gran partido católico, liberado de toda posible imputación de servir los intereses de la derecha, con un programa social reformista avanzado, eufemizado por su papel en la ocupación, cuyos líderes lo fueron en la Resistencia —Bidault, De Menthon, Teigtenetc— y que se beneficiaba —hasta la aparición del RPF— del sobreentendido de ser el partido de De Gaulle.

d) La disminución de influencia de la derecha, cuyos representantes parlamentarios votaron en su casi totalidad —con la mayoría de los radicales y buena parte de los socialistas— la transmisión de poderes a Petain y cuyos hombres políticos salieron de la Ocupación con la imputación de colaboracionistas (menos), vichistas o al menos de "attentistes".

e) La desaparición de la vida política de los grupos fascistas, las Ligas, la Acción Francesa, partido de Doriot, etc.

f) La postración de los radicales, "la chair et le sang" de Francia en la III República, cuyo solo nombre recordaba la política de imprevisión militar, la cesión de Daladier de Munich, con pobre historial en la Ocupación —el mismo Herriot, gran representante de la tradición jacobina del partido, no quedó en muy buen lugar por sus tratos con Laval para convocar la Asamblea en París, cuando el ejército alemán ya estaba de

(8) El estudio de los partidos políticos está muy desarrollado en la bibliografía francesa. Aparte del libro ya clásico de Duverger "Les Partis politiques", Colin, 3.^a ed. 1957 y de los

trabajos de Fauvet y de la Fondation National des Sciendes Politiques, cada fuerza política ha sido estudiada en numerosos trabajos.

retirada, maniobra que a Laval se le antojaba idónea para cerrar el paso a De Gaulle y la Resistencia—, con solamente un menguado número de resistentes y combatientes, encabezado por Mendes France, y cuya estructura partidista se basaba en los Comités Locales. Más bien partido de personalidades que de doctrina y organización, por lo cual estaba poco adaptado a la época de “monolitisme” de los partidos.

g) Por último —y ello habría de influir en la decadencia de los radicales—, la disolución de las Logias por Vichy, habría de asestar a la francmasonería un golpe del que parece no se ha recobrado durante la IV República, en la cual su influencia ha sido infinitamente menor que en la III (9).

Esta estructura de las fuerzas políticas francesas implicaba por sí misma una serie de consecuencias políticas y constitucionales, entre ellas algunas que habían de producir irremediabilmente la inestabilidad.

Pero más importantes eran otros factores que definían el momento. Podemos denominarlos, sólo aproximadamente, como:

a) Voluntad de dar a Francia una ordenación económica y social más avanzada y en mayor consecuencia con el tiempo y sus problemas.

b) Sentimiento de frustración histórica, herencia de la derrota del 40, aparente en la formulación de la “grandeza francesa” gaullista y en el deseo de una mayor independencia frente a los aliados occidentales en política exterior.

En estas aspiraciones coincidían fuerzas de ideologías distintas. Tén-gase en cuenta que el Partido Comunista estaba deseoso de ganar carta de honradez nacionalista y de hacer olvidar su actuación durante la vigencia del Pacto Molotov-Ribentrop y las deserciones —la más conocida la de Thórez—. El papel que De Gaulle buscaba para Francia, cabeza de un bloque entre los anglosajones y Rusia, no molestaba al Partido Comunista ni a la URRS. A cambio de lo que se anunciaba como una política socializante e independiente internacionalmente, los comunistas estuvieron dispuestos hasta 1947 a pagar el precio de su inclusión en el gobierno, sin desempeñar las cuatro grandes carteras —Defensa, Asuntos Exteriores, Finanzas e Interior—, participando del desgaste de la falta de éxito de la lucha contra el mercado negro, la inflación y aun en la represión de las huelgas.

Junto a estos dos ideales de la Resistencia hay que señalar ya en 1945, desde fuera del sistema, la actitud de espera y de examen de las posibilidades de retorno del colaboracionismo, del fascismo, de las Ligas y de la Acción Francesa —el futuro Apects de France—, del paternalismo vichista y de los colaboradores económicos. Por otra parte, el capitalismo anti-cuado francés, asustado por los programas de nacionalizaciones, de seguridad social y de participación en la cuestión de los comités de empre-

(9) Según Werth —quien no cita el origen de sus datos— la cifra actual de miembros de

las Logias no pasa de 30.000, “The strange history...”, etc., pág. 70.

sas, preparaban el sabotaje de todo lo nuevo y progresivo que podía contener la situación.

A pesar de ello la III República, con sus contradicciones, debilidades, el progresivo retardo económico y social del país, su clima político de lucha en torno a problemas no esenciales, sus escándalos y despreocupación, parecía muerta.

Quedaba al margen una parte del país cuya importancia numérica es difícil de estimar (10), acechando los primeros síntomas de descomposición para iniciar el camino —largo y disimulado parecía entonces— hacia el poder. Pero el clima parecía distinto. Un síntoma: la vieja pugna de clericalismo y anticlericalismo, no tenía vigencia. El MRP reconocía sin reservas el principio de la separación de Iglesia y Estado; las antiguas declaraciones de Herriot en cada congreso del partido Radical sobre “la santidad de la escuela laica”, sonaban anacrónicas, absurdas o meramente como elemento de un estilo, de una época que no se podía mirar entonces con gran ternura. Los manes del pequeño Combes parecían olvidados, lo mismo que la oposición del Antiguo Régimen —nunca totalmente muerto— y de los republicanos en torno a la rehabilitación de un oficial judío. Era un error. Habría de bastar la ley Barangé para que en la Asamblea se hiciese imposible la única alianza que permitiría la estabilidad —una vez excluidos los comunistas—, la de la SFIO y el MRP; habría de surgir un político con iniciativa, resistente y cuyas ideas económicas no se apartaban un ápice hacia la izquierda de las del New Deal rooseveltiano, para que resonasen en el Palais Bourbon el “à mort le juif”.

“La historia —dice Schoenbrum refiriéndose a la cuestión de la escuela— de cómo sucedió esto, de cómo la deslumbrante visión de la Democracia Cristiana, unida a una democracia social, degeneró en la vieja pesadilla de la lucha política —religiosa de clericalismo—, anticlericalismo, es una de las claves del misterio de lo que se frustró en la IV República, de cómo se extravió a la vista de la tierra prometida” (11).

Pero el comienzo de los males de la Francia de postguerra está en su incapacidad de crear una estructura económico-social nueva y en la cordedad del plazo que a sus primeros pasos concedió la nueva situación internacional.

IV

UN EDIFICIO SIN CIMIENTOS

En el momento de la Liberación el deseo de reformas sociales y económicas estaba muy extendido y existía la base política para llevarlas a cabo.

(10) WERTH, “France 1940-1955”, página 239 a 243, examina la actitud ante los juicios que siguieron a la liberación del hombre medio y de los intelectuales. La polémica Mauriac-

Camus arroja mucha luz sobre el clima del momento.

(11) *Op. cit.*, pág. 113-114.

La guerra había producido una desarticulación económica de tal envergadura (12) que —unida a las requisiones alemanas, a la inflación producida por los gastos de las tropas ocupantes en francos franceses y a la escasez de materias primas y alimento— había traído como consecuencia la caída del nivel de vida francés a niveles desconocidos en todo el siglo. La falta de alimentos extendía el hambre en grandes zonas de la población.

La “colaboración económica” con el enemigo —probablemente bastante frecuente— y el empobrecimiento de las clases burguesas y la desaparición del pequeño ahorro urbano, hacían populares y “nacionales” todas las medidas de expropiación de los beneficios ilícitamente adquiridos y creaban un clima de recelo y protesta frente a los privilegiados, no solamente en el proletariado, sino también en las clases medias.

A todo ello ha de añadirse el auge de las ideas socialistas en la Europa de la postguerra, unidas en el proletariado a la visión del encumbramiento de la URKS al rango de primera potencia, y en otras clases y en los intelectuales no comunistas, al prestigio del Labour Party y del socialismo escandinavo.

Las ideas comunes de reforma social toman forma en la Carta del Centro Nacional de la Resistencia (13), que había de estar presente en la mente de los redactores de los dos proyectos constitucionales. Las nor-

(12) Para una estimación de la situación económica francesa al fin de la guerra, vide, M. BAUDIN, “Esquisse de l'économie française sous l'occupation allemande”. París. Librairie de Médecis; y también, L. POMMERY, “Aperçu d'histoire économique contemporaine”, L. Médecis, págs. 44 a 48 y 82 a 96, tomo II. Este autor fija en 1.000.000 millones de francos las contribuciones pagadas por Francia a Alemania. 632 “milliards” en especie, exportaciones a cuenta del clearing franco-alemán, pero en realidad sin contrapartida; 162 “milliards” de requisiciones de todas clases (pág. 45). A esto hay que añadir las destrucciones de la guerra, muy grandes desde la intensificación de los bombardeos aliados. En 1944 se calculaba la producción industrial francesa en un treinta por ciento de la del 1938. La producción de carbón, principal problema con que se enfrentaron los gobiernos hasta el pleno rendimiento del Plan Marshall, era de dos toneladas por mes y en parte quedaba estacionada en bocamina por falta de medios de transporte. La deuda pública alcanzaba 18.000.000 millones, la circulación fiduciaria era de 570.000 millones. Según la OEEC (“Niveaux de consommation alimentaire dans les pays de l'OEEC”). Ag. (50) 35 el valor energético de la alimentación francesa no recupera su nivel de prepreguerra (2.820 calorías por habitante y día) hasta 1951. De los datos de la OEEC se deducía que hasta 1947-49 se conocía el hambre por grandes sectores de la población. Por otra parte —y no era la menor causa del desequilibrio económico francés— la guerra aumentó la ten-

dencia desde 1919 hacia un desequilibrio demográfico con un exceso de defunciones sobre nacimientos de 199.000 en 1941.

La política de subvenciones familiares —el fruto, con la seguridad social en general, más positivo del “tripartismo”— ha corregido esta situación con el resultado de ser Francia en la actualidad uno de los países “más jóvenes”.

(13) Los principios económicos y sociales de la Carta del CNR pueden resumirse:

—confiscación de los bienes de los afectados por “indignidad nacional” y de los de los logreros del mercado negro. Eliminación de los beneficios adquiridos durante la ocupación mediante fuertes impuestos progresivos.

—verdadera democracia social y económica. Eliminación de la dirección de la economía francesa de las grandes fuerzas feudales económicas y financieras.

—plan nacional para la producción.

—subordinación de los intereses privados a los públicos.

—nacionalización de los grandes medios de producción monopolizados de hecho, de las fuentes de energía, de la riqueza mineral, de las compañías de seguros y de los grandes bancos.

—desarrollo de las cooperativas de consumo y de producción y participación de los trabajadores en la dirección de las empresas.

—salario suficiente.

—mantenimiento del poder de compra mediante una política de estabilidad monetaria y seguridad de empleo.

mas programáticas de la Carta del CNR no constituían en realidad y en la situación histórica en que se formularon, un programa revolucionario, sino algo parecido al programa del Labour Party en 1945 —menor socialista— o incluso una lectura al día de los principios del New Deal, con mayor insistencia en la idea del Pan, de la participación obrera y de las nacionalizaciones. Fué, más que concesión a los resistentes comunistas, expresión de la tendencia sinceramente social en la época del MRP; lo que Bidault a la sazón denominaba “la revolución a través de la ley”. Si desde la perspectiva francesa actual aparece la Carta como extremada, es debido a que desde 1945 a nuestros días, recobrado el bienestar por sectores de la burguesía, Francia ha navegado con increíble rapidez hacia la derecha.

Sobre la base de una colaboración de las fuerzas que preconizaban la reforma y que no eran comunistas —alianza parlamentaria de los socialistas y los católicos— podría llevarse ésta a cabo y reducir a lo largo de un proceso el número de votos comunistas, origen de todos los vicios políticos de fondo del sistema francés.

Pero los ideales expresados en la Carta del CNR no tuvieron realización. Por una parte la misma situación habría de deteriorarse rapidísimamente a causa de la situación mundial y por otra la política colonial francesa habría de echar muy pronto una carga económica muy dura, que dificultaría toda renovación económica.

“Lo que no había previsto el CNR, cuando elaboró su optimista programa en 1944, fué la guerra fría y la de Indochina, que habría de imposibilitar toda mayoría de izquierdas con programa de reformas” (14).

Pero, aparte factores externos, muy pronto fué evidente que no existía una verdadera voluntad de ir al fondo de los problemas.

De la época de los gobiernos de coalición de los tres grandes partidos Francia había de percibir una seguridad social, sin duda con defectos, pero muy avanzada y completa, una política de subvenciones familiares, que habría de corregir el signo alarmante de la situación demográfica, las nacionalizaciones de ciertas industrias extractivas y de los grandes bancos (pronto neutralizadas por falta de desarrollo legislativo y por inexistencia de un verdadero control de su personal) y la idea del plan para la economía que había de realizarse a medias —y con sentido distinto— en el Plan Monnet.

De la falta de decisión para extirpar las causas de la situación económica es ejemplo ilustrador cómo se frustró el plan de reforma monetaria del Comisario de Finanzas en el Comité de Argel y Ministro de Asuntos Económicos en el primer gobierno metropolitano, Mendès-France (15).

Mendès-France había estudiado en Argel un plan para evitar la infla-

(14) WERTH, “France..., etc.,” pág. 224

(15) WERTH, “France...”, págs. 241 a 249, y “The strange...”, pág. 59 a 62.

ción, asestar un duro golpe al mercado negro y mantener la estabilidad monetaria como condición previa de la defensa de la capacidad de compra. Su figura aparecía en aquel momento como un Cripps francés, es decir, partidario de una política de austeridad económica, del control estatal mientras no se restableciesen las condiciones normales del mercado. Las ideas económicas de Mendès France (16) vienen a encuadrarse en la defensa del sistema capitalista en la formulación keynesiana, basada en el mantenimiento del pleno empleo como objetivo esencial. Se comprenderá que su plan, que no era en modo alguno radical, ni menos podía tachársele de demagógico, era el mínimo necesario para superar la situación del momento. De haberse llevado a cabo las medidas por él preconizadas u otras semejantes, se hubiera creado un impacto psicológico saludable sobre las masas que habiendo sufrido durante la guerra estaban en condiciones lamentables al fin de la misma para hacer frente a una inflación.

Los alemanes habían gastado en Francia, en billetes, gran parte de lo que habían obtenido en la economía francesa, en concepto de indemnizaciones, requisiciones, etc.; se calculaba que en total alrededor de 600.000 millones de francos; suma que se habían embolsado los grandes comerciantes, colaboradores económicos y, en mayor medida, los campesinos. Es decir, que éstos estaban en condiciones excelentes, por poseer una gran masa monetaria que facilitaba las operaciones comerciales, de realizar con facilidad grandes operaciones de mercado negro. La idea principal de Mendès-France era que el mercado negro y la especulación, recibirían un golpe que le paralizaría si la suma de dinero excepcional era congelada o cambiada por nueva moneda de manera gradual o sometida a controles, como se realizó, con éxito, en Bélgica. La reforma monetaria debería ir acompañada de medidas destinadas a equilibrar el presupuesto y de otras de aumento de la oferta, por parte del gobierno, de bienes de consumo de primer orden, especialmente alimentos. Pero —opinaba—, ninguna medida tendría eficacia si la reforma monetaria no desarticulaba las enormes posibilidades comerciales de los traficantes.

En la época dos políticas económicas tenían partidarios en Francia: la indicada más arriba y la que se denominaba “ganar confianza del capital”, que terminó por representar Pleven.

Constituido el primer gobierno provisional en Francia y fallecido en accidente el Ministro de Hacienda, Lepercq, Mendès-France, Ministro de Asuntos Económicos, no obtuvo la cartera de Hacienda, ocupando este cargo Pleven.

Pleven siguió la vía opuesta; cambió los billetes a la par, planeó una pequeña leva de capital, cuyos fines eran atraer 73.000.000.000 de los 600.000.000.000 acumulados.

(16) Las ideas económicas de Mendès France se hallan desarrolladas en su obra en colabora-

ción con G. Ardant, “La ciencia económica y la acción”. Julliard-Unesco, 1955.

Los efectos no se hicieron esperar. Según un autor ya citado (17), “se desencadenó una aceleración de la circulación, que abrió las puertas a una inflación, hasta entonces parcialmente neutralizada. Por otra parte, la política financiera siguió siendo inflacionista y desde fines de 1945 la masa monetaria se acercaba ya a 1.000.000.000.000 de francos”, “se entró entonces en la famosa “espiral infernal” de salarios, precios y circulación fiduciaria, corriendo los unos detrás de los otros, en la que, desgraciadamente, el líder de la carrera son siempre los precios”.

Sin duda que, aun después del error Pleven, había remedio y que el plan Mendès-France podría tener defectos técnicos que no nos toca tratar, pero lo que es sintomático es que unas medidas normales en los países liberados populares y que tendían a luchar contra una inflación ya presente tuviesen en contra a la gran industria, a los técnicos del Ministerio de Hacienda y al Banco de Francia y que se hundiese ante tantas oposiciones. Ya en 1945 se renunciaba a poner las bases económicas del edificio que nacía. Se iniciaba el camino de la facilidad, de las parcas, superficiales reformas desde fuera cuando eran imprescindibles. Como consecuencia los gobiernos hasta el Plan Marshall se debatieron con el mercado negro y a pesar de la lucha, a veces verdaderamente enérgica, de los ministros como Yves Fargue, André Phillip e incluso el poco afortunado Ramadier, continuó así como la subida constante del costo de vida, la pérdida del valor del franco hasta 1952, acompañados de las constantes peticiones de salarios y de las huelgas.

En la incapacidad de los primeros gobiernos para poner las bases económicas de un régimen nuevo, más justo y moderno, está la debilidad esencial de la IV República.

Los salarios se mantienen debajo de los precios sin interrupción hasta el gobierno Pinay (marzo 1952) en que se logra un cierto equilibrio y estabilidad del franco, y verdadera recuperación no se anuncia hasta el plan de dieciocho meses de Edgar Faure, el ministro de Hacienda más exitoso de la IV República. Téngase en cuenta que esta situación poco favorable se mantiene a pesar del Plan Marshall, oportunidad irrepetible para realizar una vez superada las dificultades de la guerra y habiendo comenzado a dar frutos el Plan Monnet, realizar una verdadera reconversión económica.

El peso de la guerra de Indochina y el exceso del consumo en relación con la inversión producen hasta 1953 un aumento menor de la producción que en otros países europeos, un déficit presupuestario constante y un desequilibrio de la balanza de pagos que el gobierno trata de enjugar con la ayuda exterior y con los empréstitos. Desde Pinay, la política de lograr la confianza del capital no se interrumpe —Mendès-France cae antes de poder ocuparse personalmente de las cuestiones económicas— y se prolonga en la víspera de la V República con el empréstito De Gaulle-Pinay.

La solución que habitaba la mente de los gobernantes era la ayuda ame-

(17) “Pommery”, págs. 89 y 90.

ricana. Si el beneficio de la misma está por encima de toda ponderación tuvo el inconveniente de evitar el enfrentamiento con los verdaderos problemas estructurales. Aparte de supeditar lógicamente la política exterior francesa a las posiciones norteamericanas permitió sostener guerras coloniales sin solución—una vez planteado el problema bélicamente—como la de Indochina, en su última etapa, sin que el contribuyente sintiese su peso ni se diese cuenta de sus consecuencias, y ocultó la necesidad de exportar y reducir el consumo interno, reorganizar la economía conforme a criterios de productividad y permitió la subsistencia de prácticas y estructuras antieconómicas. Naturalmente, esta contrapartida de la ayuda no es imputable a la misma, sino a las prácticas y debilidades del sistema económico francés y a la cortedad de miras de la mayoría de sus gobernantes.

Excede los límites de este trabajo examinar los vicios del sistema; sin embargo, una enumeración de los mismos es imprescindible para captar el sentido de la crisis francesa, que en parte se origina en factores económicos y sociales graves y profundos. Aparte obras de mayor fundamentación científica, las debilidades de la economía francesa se hallan compilados en la obra de Schoenbrun que origina esta nota (18) y en los grandes discursos de Mendès-France; este estadista, de éxito político limitado hasta el presente, ha tenido el mérito de divulgar las causas del estancamiento francés de manera clara, completa y coherente (19).

En lo esencial, Schoenbrun sigue la línea de la crítica mendesista. Nos limitaremos a enumerar y comentar brevemente los seis defectos de estructura que el autor americano encuentra en la economía francesa. Estos son: 1) exceso de proteccionismo, 2) retraso agrícola, 3) producción y distribución poco eficiente, 4) desequilibrio regional, 5) desigualdad de imposición, 6) precios altos y salarios bajos.

Ha de advertir el lector que algunos de estos seis defectos son padecidos por las economías más adelantadas del mundo occidental; es la síntesis de los seis lo que produce el resultado poco satisfactorio en el caso francés. Por otra parte, la riqueza natural de nuestro vecino, su alto nivel técnico, su capacidad para la ciencia y el impulso logrado en el siglo pasado y en parte de éste, produce una situación económica de un nivel alto entre los de la Europa Occidental. La crítica se centra, no obstante, en el retraso que va manifestando Francia en su adaptación a los métodos de la "mass production" y también en la permanencia de desigualdades sociales cada vez más peligrosas. Francia—como indicaba el rapport de la Comisión Económica para Europa de las N. U. para 1955—se acercaba en aquel año a un punto decisivo en que se podía esperar una recuperación decisiva o un empeoramiento grave. Schoenbrun tiene buen cuidado, por otra parte, de una opinión unilateral como consecuencia de su crítica y enumera los

(18) *Op. cit.*, págs. 165 a 188.

(19) Especialmente en sus discursos del 30 de diciembre en la Asamblea, en el de investidura (no alcanzada) de junio de 1953, en el de

la investidura de junio de 1954 y en los de los Congresos radicales de 1955 y en la campaña electoral de aquel año.

avances técnicos franceses, algunos muy considerables (20). (A la hora de escribir estas líneas la prensa mundial recoge los avances franceses en materia nuclear, que representan, si se tiene en cuenta que en este caso no ha habido transmisión de secretos científicos por parte de los U. S. e Inglaterra, una demostración del nivel técnico francés).

Los dos primeros defectos enumerados más arriba testimonian de la subsistencia en Francia de un espíritu y mentalidad retrasados respecto al siglo. El triunfo de la burguesía—nunca y en ningún país total—fué el gran hecho del siglo XIX francés. El espíritu de pequeño propietario se encarnó en el hombre galo. Una de sus consecuencias fué el gusto por la seguridad, por la tutela por parte del Estado. Asentada la situación de las clases que iban a ser decisivas en la vida política durante el siglo XIX en el título jurídico que legitimaba la compra de bienes nacionales, el Estado se vió como garantía y protector, mediante la ley, de toda la nueva estructura social. Así va elaborándose la idea del Estado protector de la propiedad, de los derechos adquiridos y más tarde por otro proceso, pero basado en la misma base psicológica a la idea del Estado proveedor. El concepto de riesgo, de iniciativa personal operaron con menor fuerza, por ejemplo, los Estados Unidos (21).

La protección estatal es la regla en la economía francesa, tanto en el comercio exterior como en la producción interior. Carecemos en este momento de datos estadísticos, pero cualquier observador de los asuntos franceses coincide en que el monopolio de hecho, las prácticas restrictivas, la protección de precios de sectores no rentable o de productividad baja, y, en fin, todo un conjunto de usos malthusianos es la norma general del país vecino, en el cual—como en tantos otros—la santidad de la iniciativa privada no va acompañada de su correctivo de la exclusión natural por el mismo juego de las fuerzas del mercado, de las empresas y sectores ineficientes. Los lobbies de la remolacha, del alcohol, del hierro, etc., encierran a Francia en una estructura menor de lo que se podría deducir de su riqueza natural y de la innegable capacidad técnica y científica de sus habitantes.

Ejemplo notorio de ello es la Agricultura. Su misma estructura agrícola es poco sana. La proporción de pequeñas propiedades—en las cuales la mecanización es más difícil y menos rentable—es muy importante. Los gobiernos franceses están, como consecuencia, obligados a mantener unos precios para los productos agrícolas más altos que los que se deducirían del mercado, a subvencionar, a todo un sistema destinado a la protección de los precios de los productos agrícolas con evidente rebaja del nivel de vida general.

(20) *Ob. cit.*, págs. 185 y ss.

(21) Los sociólogos americanos se alarman ante el declinar en aquel país del gusto por la iniciativa y el riesgo. Una obra de enorme éxito de público, "The Organisation Man", W. H. WHYTE, Johatan Cape, 1957, estudia la des-

aparición de la "ética protestante" del triunfo individual y la tendencia en los jóvenes a encuadrarse en las grandes organizaciones industriales; una especie de "burocratización" del hombre de empresa.

A ello se une el desequilibrio regional originado, en parte, por el centralismo político y social y a la falta de plan. Frente a la Francia del Norte y Este se extienden grandes zonas no desarrolladas en la medida de sus posibilidades.

El insuficiente—para sus posibilidades—desarrollo industrial del país repercute de nuevo en la Agricultura, del mismo modo que la escasa rentabilidad de algunas producciones del campo falsea los precios y dificulta la inversión industrial. Como decía en 1955 la C. E. E., “la gran debilidad agrícola de Francia no es física, sino social. Paga el precio de la pequeñez de la industria y de la desigualdad de la distribución por zonas”.

La producción no se ha regido por el principio de la expansión; hay un gusto por la pequeñez. Es debido a la mentalidad de “dueño” y no de “manager” del industrial francés. El 70 por 100 de las industrias francesas emplean menos de veinte obreros. (La creación de los Comités de Empresa por la legislación de postguerra, provocó la reacción por parte de los patronos de reducir el número de trabajadores por debajo de la cifra que exigía la constitución de un Comité de tal tipo.)

Tampoco el proletariado está libre de este complejo de liliputismo. Compárense las ideas de la AFL, del CIO o de las Trade Unions inglesas en materia de organización industrial, automatización, etc., con las de la CGT, Force Ouvrière o de la C. F. T. C. Estas últimas agrupaciones sindicales parecen no haber comprendido—con raras excepciones personales—los imperativos de la gran revolución técnica y económica del siglo. Se alimentan de ideas sociales y juicios económicos cuyo modo de formulación ha sido superado en los mismos movimientos de las filiaciones respectivas. Siguen al pie de la letra las exposiciones de Marx del blanquismo del billón sin relectura actual, salvo en contados casos y en personalidades de excepción. La CGT y el PCF, por ejemplo, no han podido todavía asimilar la evidencia del no cumplimiento de las predicciones de Marx sobre el “empobrecimiento progresivo”, la desaparición de clases intermedias entre el proletariado y los capitalistas, etc.

La productividad —en comparación con la de U. S., Alemania Occidental, Inglaterra, etc.— es baja. Otro factor obstaculizador del progreso económico es el enorme número de detallistas (más de un millón), en los que priva la mentalidad de querer estar “chez-soi”, no trabajar para otro, etcétera. La desconfianza, por ejemplo, frente a los grandes almacenes y supermercados tipo “Uniprix”, alcanza a veces carácter casi patológico. El 60 por 100 de las cifras de negocios de los tenderos franceses no alcanzaba en 1955 los 250 \$. Existen en Francia un comerciante por cada cuatro trabajadores. Schoenbrun considera que en la carencia de expansión iniciada hacia 1920 jugaba un papel importantísimo el carácter estacionario de la población. Sin un aumento de la población no se podía prever una expansión constante de la demanda; se restringía, pues, la oferta, y se buscaban precios de monopolio. La misma razón engendraba la inflación; un exceso de masa monetaria no encontraría su correspondiente corriente de mercancías. El miedo a la inflación determinaba la tendencia a aumen-

tar los stocks de materias primas, cuyos precios podían subir. El miedo a la inflación —constante en el período que reseñamos y en el anterior— era otro factor de pequeñez. Este desequilibrio social (gran número de comerciantes en negocios casi marginales, pequeñez de las unidades agrícolas e industriales, salarios bajos, precios altos, etc.) exigía una reforma social. El proletariado se sentía frustrado y tendía a considerar que su situación era el resultado de una discriminación querida en contra suya. En 1956 —época muy favorable, habiendo terminado la guerra en Indochina y sin que aun pesase excesivamente la de Argelia— había en Francia alrededor de 16 millones de trabajadores que ganaban menos de 30 \$ a la semana y unos 13 millones que tenían salarios inferiores a 20 \$ semanales (22).

La situación de viviendas era otra de las debilidades del país. En 1952 se construyeron 50.000 viviendas, mientras que en Alemania Occidental el número fué de 437.000. En París las autoridades locales daban la cifra de 400.000 personas como “inadecuadamente alojadas” y la de 35.000 familias como “sin alojamiento” (“sans logis”).

El sistema fiscal aumentaba la sensación de desamparo de las clases proletaria y media.

Se ha repetido que “el francés está dispuesto a morir por su país, pero no a pagar sus impuestos”. La frase puede ser aguda y aun puede traer a la luz alguna de las paradojas de la vida política francesa (por ejemplo, la postura en la Asamblea de quienes propugnan la continuación hasta la total pacificación de la lucha en Argelia, negándose a votar todo aumento de impuestos destinados a pagar la guerra), pero dista bastante de ser cierta.

La carga fiscal sobre el producto nacional fué en los Estados Unidos, en el período que nos ocupa del 21'9 por ciento; en Francia, del 21'8 por ciento.

La diferencia entre una y otra situación fiscal radica en la mayor proporción del impuesto indirecto en Francia. Los impuestos indirectos —socialmente poco justos, porque gravan más a las clases menos favorecidas— representan en Francia del 63 al 67 % de los impuestos totales (23).

Este sistema fiscal, poco justo, comprendía principios cuyo efecto psicológico (como el de los “signos exteriores de riqueza”) era el de restringir el consumo de bienes industriales y favorecer la evasión.

La inversión era inferior a lo que reclamaba el desarrollo económico. En gran parte, las posibilidades de inversión se frustraban por los gastos militares de Indochina y, a partir de 1957, de Argelia. En 1949, la inversión equivalía a dos veces los gastos militares; en 1952 era el 15 % de éstos.

De este rápido y deficiente análisis de la estructura económica francesa se desprenden tres factores, que ayudarían decisivamente a hacer

(22) “Statistiques et Etudes Financieres”, Supplement n. 85-86, Janvier-Fevrier, 1956, Ministère de L'Ec Nac, Imp. Nationale.

(23) LAURE. “Traité de Politique Fiscale”. París, 1956, Presses Universitaires de France, pág. 189 y stes.

perecer un sistema institucional que daba forma a una realidad social insatisfactoria e inestable:

- situación sin esperanza del proletariado, cuya ascensión está unida al desarrollo económico de un país y que se sentía discriminado físicamente; que paga precios altos con salarios pequeños.
- mantenimiento del nivel de vida de clases muy numerosas, gracias a la presión sobre el Estado de sus asociaciones, grupos de profesión, lobbies, etcétera. El Estado protector aparece como el único culpable ante estos grupos de todo descenso de su nivel, debido a una evolución normal.
- falta de fe en el futuro, inestabilidad psicológica, debidas al temor constante de la inflación.

El primero de estos factores—con su consecuencia inmediata, el voto comunista—hacía imposible el juego normal de las instituciones. El segundo creaba una clase insatisfecha, que se consideraba amenazada, enemiga del Estado—a través de su enemiga por el Fisco—, con mentalidad retrazada, reaccionaria, prefascista y claramente antisocial, que habría de organizarse, en 1956, en el *pojadisme*.

El tercero de los factores operaba sobre la población en su totalidad, creando una inestabilidad de base, una insatisfacción y un sentido de haber sido burlados en las aspiraciones legítimas, que habría de sumarse al sentimiento de frustración nacional al perecer muy pronto los sueños de Francia de jugar un papel internacional de primer orden.

Veamos ahora este nuevo elemento de la crisis francesa, el fracaso internacional de Francia, antes de penetrar en el complejo y decisivo factor de la crisis francesa; el drama colonial.

V

Sin apreciar debidamente la frustración francesa en su política internacional, no es posible comprender las razones internas de su política en Norteáfrica de 1951 a 1954, respecto a Túnez, Marruecos y Argelia, ni más tarde la inflexibilidad respecto al último de estos territorios, y menos explicación tendría el belicismo casi general que acogió la expedición de Suez.

En el actual momento francés juega un complejo de fracaso nacional que por momentos—como el del intento de mediación de Inglaterra y Estados Unidos entre Túnez y Francia, después del bombardeo de Saktet Ben Yusef—se libera en explosiones antianglosajonas.

No nos es posible estudiar ahora, ni aun en sus rasgos más generales, la política exterior de nuestros vecinos en estos últimos trece años; nos interesa, sin embargo, apuntar cómo el fracaso de las aspiraciones francesas van formando uno de los elementos de la mentalidad que conduciría al golpe del 13 de mayo. Más que cualquier aspecto desearíamos indicar la manera con que la Francia de la postguerra se ha enfrentado y ha juzgado su situación en el mundo.

Esta manera es, sin duda, insatisfactoria tanto para el francés como para el extranjero, y especialmente para sus aliados.

Ha de hacerse la justicia, no obstante, de reconocer, que dado el desarrollo de la guerra mundial y la parte que en ella le tocó jugar a Francia, su visión internacional—salvo en la política colonial, la menos justificable si no fuese el resultado de un clima más general—no podía producirse de otra manera.

El hecho esencial para las potencias europeas, resultado de la guerra mundial, es la pérdida de su condición de primeras potencias y el forzoso cometimiento a los postulados de la política exterior de las dos grandes superpotencias. Ahora bien, a causa de la especial situación en que se encontró al término de la última guerra, era muy difícil que Francia pudiese encajar la nueva situación como los otros países europeos. Alemania e Italia, vencidas, tras el colapso y la sensación paralizante de la derrota, pronto se dieron cuenta de que la nueva situación internacional, dominada por el hecho esencial de la hostilidad de Rusia y los Estados Unidos, les facilitaba un juego destinado a la restauración de su potencial económico de preguerra y—como resultaría luego—a sobrepasarlo. Inglaterra habiendo luchado todos los días de la guerra desde el primero al último, pudo irse dando cuenta del cambio y reconociendo que la salida de la situación económica en que el conflicto le dejó exigía la dejación del liderazgo en todos los asuntos que no le afectasen directamente ni tampoco a la Commonwealth, en manos de los Estados Unidos. Por otra parte, sobre la base de la alianza con los Estados Unidos y el sometimiento relativo a su política y con la posibilidad de influenciarla en casos extremos (freno a los proyectos de Mac Arthur, de ataque a China, por ejemplo), se dedicó a la transformación del Imperio en Commonwealth y a la reconstrucción de su comercio exterior. La lucha y su sangría, unida a la victoria y a las glorias militares mitificadas (Tobruk, batalla de Inglaterra, etcétera), produjeron una doble reacción, saludable para el pueblo inglés: constatación de la imposibilidad de mantener por sí sólo el liderazgo mundial y por otra estimación satisfactoria de su actuación en el pasado conflicto, que permitía la reducción de ambiciones mundiales sin que se produjese el complejo de decadencia. La rapidez en la entrega de la India, Ceylan, etc., sin dejar “pudrirse” las situaciones, daba la sensación al inglés medio de, si no ir por delante de los acontecimientos, sí de no dejarse arrollar por ellos. Tal situación ha tenido como consecuencias—hasta las últimas crisis de Suez, Kenya y la actual de Chipre— una actitud de equilibrio y realismo de la que se ha beneficiado la política exterior inglesa y la propia estimación de su pueblo.

El caso francés es justamente el opuesto y mucho más complicado. En primer lugar, porque las cuestiones de política internacional, desde siempre y en especial desde los treinta, han jugado mayor papel en la política interior en Francia que en otros países, y la división en torno a ella ha sido mayor. En los años treinta, con el advenimiento del fascismo y del nacionalsocialismo y la crisis del Estado demoliberal, en su formulación

anterior a la primera guerra mundial, las cuestiones de política internacional se tiñen ideológicamente. Francia, por su situación geográfica y por su vocación de propagadora de ideas, fué muy sensible a este fenómeno; así, se van formando complejos ideológicos proyectados y determinados por factores internacionales, que explicarán los fenómenos de Colaboración y Resistencia, en mayor medida que la simple toma de posición frente a un invasor. (Todos los casos de colaboración, desde la de los afrancesados a la de los torys americanos, tienen este carácter, como es sabido.) Lo que nos interesa ahora es que tales complejos siguen operando durante la IV República y varios de ellos tienen sus raíces en situaciones previas a la guerra mundial y del tiempo de la ocupación. Así, el complejo anglófono, determinante de la actitud de grandes sectores de Vichy —claro en la Marina y en los funcionarios coloniales, paradigma del cual fué Darlan y aumentado en otra dirección en De Gaulle y atenuado por la admiración hacia Inglaterra en sus colaboradores de Londres—, asomará a su cabeza durante la IV República en el slogan de la amenaza de sustitución por Inglaterra en el Imperio Colonial. No es éste el único de los complejos nacionales, ni el más virulento; aparte del recelo frente Alemania se desarrollará un complejo antiamericano —de nuevo cuño— y también jugarán restos históricos de la antigua fase de la política de poder francés en Europa, como la idea, asentada en el subconsciente, de la alianza de seguridad con Rusia. Todo ello porque la manera de vivir la guerra había impedido el enterramiento de concepciones superadas por la situación mundial, pero cuya acta de defunción no se extendió nunca en Francia.

El desarrollo de la historia francesa desde 1939 —en sus diversas fases, dróle de guerra, derrota, ocupación, colaboración, resistencia, Francia Libre en Londres y Argel, Liberación— determina una situación que comprende un elemento normal dada la geografía e historia del país y una ficción; pero entiéndase bien: una ficción sinceramente sentida, y lo que es más importante, casi necesaria.

La realidad era la necesidad de neutralizar la potencia agresiva alemana, arrancar las raíces del militarismo alemán. Esta necesidad dará, conforme a su amalgama con otros factores, distintas formulaciones: la de la "france seule", cabeza de un tercer grupo, de De Gaulle; la de las reivindicaciones sobre el Sarre, internacionalización del Rhur, ocupación del Rhin; Bidault y —mediante una inversión de los términos— la idea europeísta.

La ficción, destinada en parte a poner las bases para el cumplimiento del objetivo real, era la de la grandeza francesa. La ficción de mantener el rango de gran potencia faltando los medios —esencialmente económicos— para ello. Esta ficción tiene su finalidad: borrar las consecuencias psicológicas del desastre de 1940, hacer olvidar la colaboración, unificar a los franceses en una tarea común, arroparlos en un prestigio, aliviar la llaga del pequeño respeto por parte de los aliados hacia el rango de Francia (no invitación a las Conferencias de Teherán, de Yalta, de Post-

dam, etcétera). Los dos factores los encarna al fin de la guerra De Gaulle. Más tarde los hereda, con otras posibilidades y menor prestigio, Bidault.

Francia forzosamente habría de comportarse internacionalmente como una nación aquejada de un complejo de gran potencia.

Las raíces de tal actitud se remontan a mucho antes, quizás a la política de Lloyd George sobre Alemania y a su oposición a las ambiciones francesas sobre la ribera izquierda del Rhin y conjuntamente con su exclusión de las conferencias de los tres grandes, que parecían iban a determinar la postguerra, se concreta en un resentimiento hacia acciones concretas, como Mers-El-Kebir y Siria.

Si Francia hubiese sido derrotada y ocupada totalmente, si no hubiese contado con una proyección exterior —una parte de ella que siguió la lucha y no admitió que la derrota fuese definitiva, sino tan sólo un round, la Francia Libre—, hubiese podido renunciar al rango de gran potencia, o mejor de superpotencia, y actualizando realísticamente sus muchas posibilidades, hubiera encontrado un equilibrio entre su pasado de potencia colonial y primera potencia continental y su misión de propulsar la integración europea desde un enfoque continental y de transformar su Imperio en una asociación o comunidad de pueblos en diverso estado de desarrollo, para bien del Occidente y de la paz.

El no haber sido absolutamente vencida es la gran deuda de la nación francesa con De Gaulle, quien por su sola iniciativa, forzando, inquietando, haciéndose insoportable a los dos jefes occidentales, fué ganando el derecho de Francia a ocupar un puesto en los consejos de los aliados: uno permanente en el Consejo de Seguridad de la ONU y una obligación de contar con ella en el arreglo del mapa político de Europa. La lectura de los dos tomos hasta ahora aparecidos de sus Memorias asombra, al presenciar la grandeza, la nobleza y la simplicidad de concepción que el autor logró imbuir primero a un puñado de decididos, luego a unas tropas y jefes incorporados en el Imperio, más tarde a la masa confusa de seguidores de Argel. El culto a Francia —notre Dame la France—, que viene a incidir en su propio culto, era funcionalmente lo que necesitaba un país vencido, con poca gloria y desesperanzado.

Terminada la guerra buena parte del objetivo fijado estaba alcanzado. Era, en verdad, si no el papel de protagonista a que estaba acostumbrado, mucho más de lo que Francia podía esperar hacia 1942 e incluso 1943.

Pero la situación tenía su contrapartida: la distancia entre el mito y la realidad. Herbert Luthy, hablando del general De Gaulle, ha expresado admirablemente el efecto sobre la conciencia nacional del hecho de la Francia Libre. "La Francia encarnada por él no había rendido nunca las armas, no había cesado nunca la guerra y finalmente la había ganado. Durante cuatro penosos años de su historia los franceses han confundido el nombre de Francia con el del General, para poder olvidar lo que había pasado y para poder empezar de nuevo la vida, como si no hubiera pasado nada. Cabe preguntarse si este mito no ha sido más perjudicial que bene-

ficioso para Francia; si, a partir de este momento, no ha empezado a vivir en la irrealidad y en la mentira...”

Hemos tratado de explicar más arriba cómo las bases nuevas en lo económico y social, exigidas por los nuevos factores, no se pusieron creando una inestabilidad que habría de conducir a un desprestigio de las instituciones. Nos toca ahora indicar brevemente cómo la política internacional, al hacer fracasar las aspiraciones, legítimas unas, hipertrofiadas otras, de Francia, será causa de una nueva frustración. De 1945 a 1951 ó 1952, asiste el pueblo francés al fracaso de una política cuyo fin era la reducción de Alemania a un estado de debilidad militar que garantizase frente a una posible agresión futura. Si se tiene en cuenta que de 1870 a 1940 el país había sufrido tres invasiones, dos derrotas y dos largas guerras, y que el desarrollo normal del país había quedado disminuido por ellas —el factor más grave de la insuficiencia del desarrollo de la población, influido por las pérdidas de vidas y sobre todo por el clima de intranquilidad—, se comprenderá que el camino, muy pronto iniciado, hacia el rearme alemán, constituyó una causa de desmoralización tanto en la izquierda como en la derecha.

No es el momento de hacer un resumen de la cuestión alemana vista desde Francia, baste poner algunos jalones en el proceso que había de llevar al rearme de Alemania y su admisión por Francia en 1954, mediante los acuerdos de París. En 1945 el Plan de Bidault sobre Alemania se resumía en sus mismas palabras, en la supresión de su potencia militar y en su inutilización como base de invasión. Estas ideas se adaptaban a los principios del Plan Morgenthau, que pretendía convertir a Alemania en una región agrícola, y a los planes de desmantelamiento y descartelización de la industria pesada alemana, principalmente del Ruhr. Bidault exigía, por otra parte, que el Sarre fuese integrado económicamente a Francia, que sus minas de carbón pasasen a ser propiedad francesa, que el Ruhr se constituyese como territorio independiente y sujeto a control internacional. En su proyecto la URSS tomaría parte del control del Ruhr. También, pero con menor énfasis, pretendía la política francesa que la región del Rin fuese desmembrada de Alemania. Durante todo 1946 y 1947 Francia hasta el acuerdo, en el Comité de Control de Berlín sobre Alemania, entre rusos y americanos. La división de Alemania en dos forzosamente habría de derrumbar las pretensiones francesas. Pero tanto el Departamento de Estado, como Inglaterra —y especialmente Bevin—, tenían pocas simpatías por el plan francés. Rusia, por su parte, oponiéndose a la fusión de zonas en Alemania occidental, tampoco apoya a Francia. La guerra fría iba desarrollándose con una velocidad tal que hacía difícil que la diplomacia y más la opinión francesa, se adaptase a las nuevas situaciones. Tan temprano como el 5 de septiembre de 1946 Birnes pronuncia su famoso discurso de Stuttgart, ante las más importantes personalidades políticas y financieras alemanas; en él afirma que no era necesario control especial sobre el Ruhr y menos del Rin; que si Francia deseaba tener control económico del Sarre, debería moderar sus demandas por reparaciones y se definía en favor de la constitución de un gobierno central alemán de-

mocrático. Este discurso fué la inauguración oficial de la política americana para Alemania. Ya en 1956 (24) los alemanes, repuestos de lo que era lógico esperar del estupo de la derrota total, calculaban las posibilidades de la situación que se anunciaba.

En el mismo año (2 de diciembre) tendrá lugar la creación de la Bizona, que los franceses temían como el preludio de la creación de una Alemania occidental, que sancionaría la situación de guerra fría, que habría de conducir tarde o temprano al rearme de la misma. En mayo de 1947, el discurso europeísta de Churchill, "Europe Arise"; ya se orienta hacia la rehabilitación de Alemania. El golpe de Praga, el Plan Marshall, consagran la guerra fría. Detengámonos un momento: a comienzos de 1948 habían acontecido en el terreno internacional los siguientes hechos, que echaban por tierra toda pretensión francesa de mantener desarmada a Alemania, de posibilidad en Europa y de mantener una actitud independiente —cabeza de tercer grupo, en alguna declaración De Gaulle—: Fracaso de la política de desmembramiento, descartelización y desmantelamiento de Alemania, fracaso de la política De Geulle, de tercer grupo, bajo hegemonía francesa; comienzo de la guerra de Indochina, doctrina Truman y Plan Marshall, creación del Cominform.

Se produce entonces una nueva reconversión de la política europea francesa, haciéndose esta nación propulsora del movimiento de integración europea, cuyo objetivo para Francia, en lo que ahora nos interesa, era plantear desde un plano distinto las relaciones franco-alemanas, reduciendo las raíces de la oposición. En abril de 1950 se publica el Plan Schuman, para el carbón y el acero. El apoyo de Francia y de los Estados Unidos a la idea europeísta, se va, en este proceso que consideramos, concretando en un equívoco. A Francia le interesa la integración económica como primer paso para una constitución política (mejor dicho, a los grupos europeístas franceses); a los Estados Unidos le interesa esencialmente como modo de constituir un grupo homogéneo en Europa occidental, base de una alianza militar (25). Esta confusión está en la base de los malentendidos e irritación mutua en el período que se extiende desde la firma de la CED (marzo de 1952), a su muerte en la Asamblea Francesa, el 30 de agosto de 1954. Sin entrar en este largo e intenso período de promesas de los gobernantes franceses, irritación de Washington, antiamericanismo en Francia, ultimatus británico —americanos—, presión y malos tratos de Laniel en las Bermudas, hasta culminar en el viaje de Foster Dulles a las capitales europeas, sin pasar por París, después de que el

(24) Vide para la mentalidad alemana de postguerra el libro de CH. THAYER, "The unquiet germans", London, 1958, Michael Joseph. El autor diplomático especializado en asuntos germanos, pasó en Alemania la mayor parte de su carrera, fué Comisario del Tánd de Baviera hasta 1953 y primero oficial de ocupación y funcionario de enlace con el Parlamento Federal. Suministra interesantes datos sobre la permanencia en los altos cuerpos de funcionarios importantes durante el nazismo, sobre la

reorganización de las fraternidades en las Universidades, sobre la ineficacia de la descartelización e incluso sobre la constitución de sociedades como la protectora de las Víctimas de la Ocupación.

(25) G. KENNAN en sus "Reith lectures" (publicada bajo el título de "Russia the atom and the world", por la Oxford University Press, 1958), afirmó que la Nato y el Plan Marshall se consideraba por sus creadores como dos piezas de la misma infraestructura.

Parlamento no ratificó, y a la apresurada —por Mendès-France— elaboración de una solución de recambio y su presión sobre la Asamblea para que admitiese en esta forma el rearme alemán (Acuerdos de París), por miedo al aislamiento, queremos señalar solamente algunos aspectos. En primer lugar que si los sucesivos gobiernos desde 1952 —tan europeístas como los de Pinay, René Mayer, etc.— no sometieron el proyecto a ratificación, fué debido a que nunca en aquel período hubo en la Asamblea una mayoría para aprobarlo. Por otra parte, al antiamericanismo de izquierdas, en su máximo, en el momento en que Eisenhower llega a París para asumir el mando de la Shape, acompaña en 1952 un antiamericanismo de derechas —basado tanto en la oposición al rearme alemán como a los supuestos apoyos de la Administración Truman, la AFL y la CIO, a los sindicatos tunecinos y la Istiqlal— y muy evidente en los gaullistas.

En 1954 la larga tensión sobre el rearme alemán había terminado con la derrota de Francia, por supuesto, como era de preveer, desde que el Pentágono decide, desde 1950 al menos, que Alemania debe ser rearmada, y frente a la tesis de la defensa periférica prevalece la defensa en el Elba. Si bien es cierto que en la estrategia moderna —dominada por las armas atómicas y basada en el “deterrent”— este rearme tiene poca importancia y la agresión alemana a Francia es una pieza de museo, y también que tal rearme no habría —por voluntad alemana— de llevarse a cabo en la proporción y radipeza que se esperaba, no es menos cierto que el fracaso y sumisión forzosa de la política francesa a la americana habría de aumentar el complejo anti-abandonista en política colonial. Especialmente en Norteáfrica.

VI

Es en su política colonial donde todos los vicios del sistema francés se manifiestan sin casi contrapartida: defectos del sistema total, político, económico, social, de los factores psicológicos que están en su base; no sólo de los defectos evidentes de un sistema con excesivo predominio del Legislativo, de inestabilidad enorme y de no menos asombrosa permanencia de los mismos hombres, con la política pasando de crisis a crisis, como si nada verdaderamente serio ocurriera. Vamos a limitarnos a examinar unas cuantas características —creemos que las esenciales— de la política colonial de Francia, el juicio sobre las cuales no puede ser más, a nuestro pesar, que negativo. Junto a ellas más adelante citaremos la acción de Francia en Africa Negra, que si bien no carece de elementos criticables es, sin duda, la mejor obra de la IV República y la que deja una herencia que de saberla aprovechar permitiría muchas posibilidades al nuevo régimen.

La característica principal, hasta al menos 1954, de la política de casi todos los gobiernos en los asuntos coloniales, fué la incapacidad y coraje para enfrentarse con los problemas con sinceridad. Considerándolos en lo que en realidad eran. Apenas acabada la guerra De Gaulle inicia —en

aquel momento contra la opinión de americanos e ingleses y el consejo explícito de Mounbatten a Leclercq— la consideración del problema indochino con criterios que no tenían en cuenta la nueva situación en Asia, por la retirada de Inglaterra de la India y Ceylan y sobre todo por la derrota de los europeos ante una raza de color —los japoneses—, que había impresionado definitivamente a los asiáticos, sobre el fin de la época colonial en aquella parte del mundo.

Los políticos franceses, hasta 1953 —especialmente los del MRP, cuyos hombres políticos desempeñaron las carteras de Ultramar, Indochina y Asuntos Exteriores, en la casi totalidad de los gabinetes durante ese período—, se negaron a reconocer que el asunto de Indochina era una verdadera guerra colonial, y mucho más que tal guerra era una fase de un ciclo histórico que significaba el nacimiento de una nueva Asia de países soberanos. Por esta resistencia a reconocer un hecho evidente ahogaron en la cuna la idea de la Unión Francesa y pusieron las bases de una reacción defensiva a la desesperada, que habría de imposibilitar para tratar de resolver problemas más cercanos y vitales para Francia, Túnez, Marruecos y sobre todo Argelia.

La ocultación, ante los propios ojos de la naturaleza, de la lucha en Indochina, exigía evitar que el francés medio, alejado de la colonia, sufriese sus consecuencias en las dos formas en que una guerra colonial incide sobre la metrópoli: en sangre y en impuestos. La Legión Extranjera, el enganche de voluntarios, las tropas de color, sirven para el primer propósito. Hasta que en 1954, durante la Conferencia de Ginebra, se hace evidente que de fracasar las negociaciones sería necesario enviar el contingente, el francés no se da cuenta cabal de su relación directa con lo que en el delta o en el país Hué ocurre. Para evitar los impuestos los sucesivos gobiernos, aprovechando primero el que la victoria comunista en China y la situación de Formosa, implica la cooperación militar de los Estados Unidos en la zona, y más tarde la guerra de Corea, intentan hacerles pagar la guerra de Indochina, como un factor más de la guerra fría. Son los gobiernos de René Mayer (enero a junio de 1953) y de Laniel (de ésta última fecha a junio, 1954) los que se destacaron en esta tarea de internacionalizar lo que el primero de los jefes de gobierno citados denominaba "la guerra incompresa". La visita de Mayer, Bidault y Letourneau (ministro de Indochina) a Washington, la Cía de las Bermudas, la de Berlín, en febrero de 1954, y por último las gestiones de Bidault cerca de F. Dulles, para conseguir que se bombardease con aviones norteamericanos al Vietmin, son los momentos más intensos de esta política.

La internacionalización de la guerra de Indochina implicaba dar seguridades a Washington de que la CED sería ratificada —sin mayoría para ello en todo el período, como hemos dicho—, y supeditaba toda la política no francesa a la americana. Tanto Werth como Schoenbrun (26)

(26) SCHOENBRUN, pág. 244 y siguientes; WERTH, págs. 670 y stes. de "Frans...", etc.

han narrado las gestiones del ministro de Asuntos Exteriores francés, para obtener un bombardeo a los mercantes de Dien Bien Phu, operación que el secretario de Estado reconoció más tarde en sus famosas declaraciones sobre las veces en que se estuvo al borde del abismo de la conflagración mundial, contando la petición de Bidault como una de ellas.

En toda la guerra de Indochina se manifestó esta característica doble del período: ocultar los términos de los problemas, tratar de implicar a los aliados de Francia en su resolución, atándoles a causas perdidas, y como consecuencia reacción de xenofobia, antiamericanismo, sobre todo cuando el problema hace crisis catastróficamente, atribuyendo el desastre a abandono por parte de los aliados.

Pero Indochina tiene otra significación para lo que ahora nos ocupa, que es husmear en las causas de la crisis y muerte de la IV República. Por un lado crea una enorme insatisfacción en el Ejército, que atribuye el poco fruto de su lucha en condiciones muy duras y poco gloriosas, típicas de una guerra colonial, a la incapacidad, irresponsabilidad de los políticos de París, entregados al bello deporte de los debates y de las crisis ministeriales y también a la impericia de los jefes incapaces de reconocer el carácter no clásico de la lucha. Surge en Indochina lo que habría de ser luego el grupo de coroneles, el concepto de la guerra de subversión y de la guerra psicológica y revolucionaria. A lo largo de la pacificación de Argelia se concretarán estas ideas en los centros de guerra psicológica en una doctrina basada en las obras de Mao-Tse-Tung, Lenin, Trotsky y teóricos americanos muy influidos en su formación por el trostkismo, como Burnham.

Indochina produce en el Ejército la idea de haber sido traicionados, y con ellos Francia. Pocos meses después estallará el "affaire des fuites", que a través de la acusación a un periodista apunta a Mitterrand y a Mendès-France y a la negociación de la paz en Ginebra, uno de los momentos —quizás el principal— del pueblo francés con sus gobernantes, y que con la popularidad general por la política ganó la aprobación casi unánime del Parlamento, en la forma de una mención de gracias de la República al presidente del Consejo.

En la misma guerra de Indochina y aun con mayor evidencia en el conflicto de Norteáfrica, se evidencia la segunda característica de la política colonial de la IV República: que las decisiones importantes se toman por los funcionarios o militares coloniales, influidos unas veces y otras menos, por los grandes colonos y por los lobbies.

Schoenbrun da una lista de los casos en que así ocurrió, a ella añadiremos algunos más ocurridos después de la publicación de su libro: bombardeo de Haiphong, detención del telegrama de Ho-Chi-Minh a Blum —estaba vigente el acuerdo de Fontainebleau—, Madagascar, política de Hauteclauque y presión sobre el Bey de Túnez, actuación de la Mano Roja no reprimida y asesinato de Ferhat Haned, líder sindicalista tunecino, por aquella organización contra-terrorista; cabalgada de los jinetes bereberes, organizada por El Glaui y el mariscal Juin a Rabat, en 1951, para obligar al Sultán a desautorizar al Istiqlal; deposición del Sultán

por Guillaume —sancionando con su indecisión el ministro de Asuntos Exteriores la operación—; sabotaje de la política de Grandval (27), como Residente General; control de la administración por los hombres fuertes, tipo Boniface y el senador Colonna; secuestro del avión de Ben Bella, cuando la posible influencia y mediación de Bourguiba y el Sultán, ponían alguna esperanza en la resolución del problema de Argelia; Sakiet Ben Yussef, etc.

Esta situación tenía un doble efecto: permitía tomar, por los funcionarios, decisiones que comprometían toda la política del gobierno y además daba un premio a la indisciplina, a la vez que las medidas destinadas a corregir los efectos irritaban y ponían las bases de la idea de que París estaba aquejado de abandonismo, cuando no de traición.

El elemento más patético de este proceso colonial es que el extremismo de ciertos grupos de colonos y la falta de coraje de París, va deteriorando progresivamente las situaciones, de manera que los líderes nacionalistas moderados quedan desplazados o son forzados a adoptar posturas cada vez más extremistas, imposibilitándose así las soluciones por transacción por las dos partes. El caso de Bourguiba —y la supresión del periódico "Acción", en estos días de septiembre, indica que el proceso tunecino no está acabado— no es el único; del Ferhat Abbas, moderado diputado de la Asamblea Nacional, al Jefe del gobierno en exilio en El Cairo, del FNL, hay toda una tragedia: la tragedia de Argelia. El Sultán opinaba, en 1925, que Marruecos conseguiría la independencia de unos dieciséis o veinte años.

Otra característica en la crisis de Indochina y Norteáfrica, ha sido la de intentar solucionar los problemas, tratando con personas que poco representaban, las más de las veces creación de Francia. La experiencia Bao Dai en Indochina y la elevación al trono de Ben Arafa, son los ejemplos más caracterizados, pero el hábito está mucho más extendido y las elecciones de Argelia, de 1947, han mostrado una faz poco satisfactoria a este respecto.

Todos estos elementos de la acción de Francia se basaban en una ocultación de las realidades o en una incapacidad para afrontarlas. Pero había realidades: Desde 1956 la rebelión, pacificación, guerra de Argelia, que envenenaba todas las cuestiones, bajo su impacto se hundían las posibilidades; desde la Confederación Norteafricana se determinaba la situación favorable creada por la ley Leferre en Africa Negra (28); se restrin-

(27) Vide GRANDVAL, "Ma mission au Maroc", Plon, 1956.

(28) No es imposible en este momento estudiar la evolución del régimen colonial francés en Africa negra. Un resumen de las ideas que rigen el sistema colonial francés encuentra en T. HODGKIN "Nationalism in Colonial Africa", Muller, Londres, 1956, pág. 33 y stes. Es de mucho interés "Introduction aux problemes de la Republique francaise", *Politique étrangère* XIX, 4, ct, 1954. También "French Africa and the French Union", en *Africa today*:

J. Hopkins Press, 1954. Una versión oficial, en *Optima*, Johannesburg, marzo, 1958, "French Policy towards african nationalism", MAURICE SCHUMAN. Para el desarrollo de los partidos africanos, vide ANDRE BLANCHET, "L'itineraire des partis africains depuis Bamako", Plon, 1958. El mejor estudio sobre la cuestión de la organización, gobierno, principios, etc., es —como para toda Africa al Sur del Sahara— el "African Survey Revised" de edited by Lord Hailey, Oxf. Univ. Press, 1957 (1.676 págs.).

gían las libertades, se encerraba a la política francesa exterior en la obligación de supeditar todo a la obtención de votos en la ONU en el debate anual sobre Argelia; se resquebrajaba la alianza atlántica —después de Sakiet—, morían las libertades en aquel territorio y luego en Francia. La misma dinámica de la situación exigía una economía de guerra e imponía una progresiva descomposición de la Democracia. Los mismos franceses de Argelia eran los más descontentos. La ficción no podía durar; llegaría, tras un período sin directrices, de dejación de la política argelina en manos de los militares y de los colonos, una reacción del Parlamento —cuyos miembros en privado afirmaban que la situación no tenía salida— que abandonaría Argelia.

Una voluntad de hacer respetar la ley por todos, una acción a fondo y una consideración realista de los problemas y de la situación (29); la situación favorable del interés de los Estados Unidos a que la guerra fría no se extendiese al Mediterráneo, el recelo ruso a una extensión del imperialismo árabe antes que pudiesen controlarlo (?), los mismos vínculos reales entre Argelia y Francia, proporcionaban al gobierno de París aún muchas posibilidades. ¿Había la voluntad? ¿El gobierno de Pflinlin iba a salir del inmovilismo? ¿Qué quería decir la retirada de Lacoste de Argel? ¿Había autoridad? ¿Acaso no la había perdido totalmente Guy Mollet, haciendo dejación de ella el 6 de febrero de 1956, en las calles de Argel?

Eran incógnitas que el golpe del 23 de mayo y la falta de reacción del gobierno investido y el Parlamento, habrían de despejar.

VII

Desequilibrio social, frustración internacional, drama colonial. El último factor será el que determine la crisis final de un régimen que nunca había sido cimentado sólidamente.

La primera interpretación del proceso, la más inmediata, la reacción más rápida y comprensible, es atribuir la crisis francesa a los vicios intrínsecos de sus instituciones, a la Constitución de 1946, a las prácticas parlamentarias francesas, que daban como resultado una inestabilidad sin precedentes.

La crítica es justa, pero no suficiente. A los defectos evidentes, a los principios y costumbres políticas de la IV República, hay que añadir factores más profundos. La inestabilidad gubernamental ha de contrastar

(29) Sobre los verdaderos vínculos entre Argelia y Francia —fundamentalmente la importancia de los salarios de los 400.000 argelinos que trabajan en Francia— es inmejorable el pequeño libro de la etnóloga GERMAINE TILLOU, "Algerie en 1957". Ed. de Minuit, 1957.

(30) WERTH incluye en "France 1940..." un cuadro de Ministerios (pág. 562-63). Consultense los nombres y las tendencias de los

ministros de As. Exte., Hacienda, Ultramar, Indochina y se verá que el no menor vicio del sistema era la falta de renovación de los equipos, y de la política. Crisis ministeriales y permanencia de la misma política por la que cayó el Gobierno anterior es doble elemento del sistema. Schoenbrun —págs. 133 a 188— examina esta anomalía con agudeza y detalle.

se con un dato en apariencia paradójico: la permanencia de los mismos hombres, de los mismos equipos, en los mismos puestos durante casi todo el período (30).

Los defectos constitucionales se hipertrofian y hacen estallar el sistema en relación con otros factores de mayor gravedad y sin duda no corregibles mediante el cambio de la forma de gobierno. Si no fuese así evidente que la reforma constitucional —todos los partidos la han propugnado repetidas veces, al menos desde 1952— hubiese sido cosa relativamente fácil.

Factores de estructura y de la situación histórica de Francia, que a su vez inciden sobre el sistema institucional, tomado con un todo. Así, el sistema electoral, que ni se basa en el principio de la elección de los representantes por los electores, en virtud de la confianza que sus personas inspiren (sistema uninominal), ni en el de la representación proporcional, sino en un compromiso y deformación del segundo de los sistemas. Que esto responde a alguna razón diferente del pretendido gusto de los franceses por el desgobierno, recibe nueva prueba con las declaraciones que el ministro de Justicia del gobierno De Gaulle hizo sobre lo que sería el sistema electoral (31).

El sistema de los aparentemente se destinaba a la reducción de la fuerza electoral del Partido Comunista. Así lo reconocían todos los comentaristas, y en lo que se refiere al objeto de esta nota, tanto Schoenbrun como Werth. El primero (Págs. 75 y ss. afirma repetidas veces que un sistema de dos partidos (que suele ser resultado de un sistema de votación uninominal por distritos, como el inglés) implicaría la consecuencia de un partido de izquierdas dominado por los comunistas. En el proyecto constitucional, que ha de ser refrendado el 28 de septiembre, el presidente se elige mediante un sistema complicado —y que parece insatisfactorio a los mismos abogados de la respuesta afirmativa al referéndum—, porque una elección general y directa obligaría al presidente a buscar el apoyo comunista. La misma realidad de la importancia del Partido Comunista y de su voto, ha obligado a renunciar a un régimen presidencialista, quizás el más conveniente para la situación actual de Francia. Desde otro punto de vista y topografía política, los cinco millones de votos comunistas han paralizado a la izquierda no comunista en el momento de la presión de Argel en mayo, han echado, desde el gobierno Guy Mollet, de 1956, a la SFIO en brazos de la derecha, y en definitiva ha paralizado toda la vida política francesa.

La influencia del comunismo en Francia hubiera podido reducirse a proporción manejable si se hubiese seguido otra política económica y colonial. Como decía "The Economist" —tan objetivo siempre y difícilmente tachable de extremismo—: los partidos republicanos no supieron

(31) Sobre las consecuencias sobre la vida política francesa de su sistema electoral, vide "L'influence des systèmes électoraux sur la vie politique". Cahiers de la Fondation Nationale

des Sciences Politiques —16— 1950. Colin, páginas 69 y stes. y el libro de Duverger ya citado.

reducir la potencia electoral comunista en el país; tampoco supieron aceptar su apoyo para imponer reformas que hubiesen reforzado la República y en el último momento la hubiesen salvado (32).

Pero —al contrario de la Democracia cristiana italiana— no se supo dar la batalla al comunismo en el terreno de las reformas sociales. Se mantuvo un sistema injusto, criticado por todos, anticuado: ni verdadero capitalismo expansivo, ni intervencionismo eficaz y social.

Van apareciendo desde 1950 fenómenos que señalan la crisis profunda, la descomposición del régimen y en algunos casos de la sociedad; entre ellos por el absurdo de sus formulaciones y por su éxito increíble, aunque momentáneo, es el más espectacular el poujadismo.

Unos gobiernos sin voluntad, forzados a coaliciones y concesiones paralizantes, abandonan la autoridad en Ultramar. Hasta que acontece la explosión que vuelve el poder al hombre que venía profetizando la catástrofe.

Todo viene a sus manos: la esperanza y también todas las contradicciones, todas las ataduras. Los libros de Schoenbrun y Werth, aquí comentados —con extensión acorde con sus méritos, pero quizás no con la paciencia del lector—, son una buena introducción a una y otros. De su lectura y de un desapasionado examen de la situación francesa, sólo una cosa se perfila nítida entre un mar de brumas y de confusión: que la reforma que le es urgente a Francia —aparte de la revisión de su sistema constitucional— consiste en una verdadera transformación social y de sus relaciones con sus pueblos dependientes, especialmente de la resolución del caso de Argelia. De no tener lugar ningún sistema político, ofrece grandes esperanzas de perduración y éxito.

FERNANDO MORAN LOPEZ

(32) "The Generals hour", 7 de junio, 1958.